

# Para una antropología de la otredad

## 1. Soledad y sociedad

La persona es la representación del hombre, su dialéctica, desde la soledad hacia la sociedad. La persona es la trayectoria desde el «yo-ísmo» a la otredad. Ser, meramente, no es vivir. Vivir es estar siendo, es decir, morir. El yo, absoluto, pertenece a la categoría de un ser inmortal. Pero el hombre es contingente y toda su vida no es más que un deseo de subsanar la imperfección. El yo perfecto sería Dios, pero las religiones muestran que Dios necesita de los hombres o los hombres de Dios en una mutua «religión» que es más que unión, diálogo. Nadie —tal vez un dios demasiado egoísta— puede decir «yo soy yo». Pues si piensa esta posibilidad ya está creando una circunstancia íntima, una proyección de sí mismo que llamaríamos «yoidad». Este yo «que-se-piensa» sería como aquel hombre que se mira a un espejo y ve su propia imagen. Es «imitatio», repetición y no persona. Esta imagen no es el otro, sino el ensueño de uno mismo.

Cuando el escritor está en la cárcel o laberinto de soledad, crea imágenes y personajes para salir de su propio infierno (¿qué es si no la soledad?). No se busca a sí mismo en el espejo, no pretende ser un Dios, ni siquiera un Luzbel narcisista —aunque algunos puedan quedarse en este estadio—. Busca al otro. La otredad es el espacio creador donde el hombre se «realiza» como persona.

El hombre que se conforma con su propia imagen, que vive en ella o desde ella, no es persona, ni personaje, todo lo más actor de su propio vacío. Una imagen tampoco es un hombre, sino representación estática, por mucho que el engaño la ofrezca como dinámica. Ser hombre a solas, no es una heroicidad innecesaria —que ni siquiera agradecen los admiradores— es necesidad.

¿Se ama o se odia la soledad? El que está verdaderamente solo ni siquiera se encuentra acompañado de sí mismo. En eso consiste la soledad desgarrada, en un extrañamiento. (¿Quién puede amarla?) La soledad creadora del artista, ya es una soledad acompañada, y necesaria. El artista crea en su soledad la obra, un ello —objeto con alma que podrá ser aprehendido por otros hombres—, transformándola en un «tú» dialogal. Crear, aún desde la misma amargura es un acto de esperanza, el silencio que se hace signo de encuentro.

El último reducto de la soledad, esa fortaleza cercada por múltiples cuerpos de murallas, es el silencio, verdadero castillo interior. El silencio, la negación de la palabra, el hundimiento de la comunicación. Cuando la persona pierde su identidad social, se convierte en máscara de sí mismo que no interpreta su papel, mascarilla mortuoria de la muerte en vida, y huye a su reducto de soledad donde tampoco encontrará reposo.

Asistimos, sin hacer nada, a la muerte de la palabra. No es un sacrificio necesario

ni un rito purificador. Es el triunfo de la necesidad. La imagen se erige en diosa absoluta del nuevo discurso. El diálogo —concordia desde la dialéctica— desaparece. El «yo» y el «tú», se convierten en un «él», alienante, impersonal. No es el monólogo de un personaje real, un «tú» que está ahí, sino el discurso interminable de «algo» que representa a «alguien» y que es el poder o el miedo. La palabra —hablada o escrita— es el puente tendido entre el «tú» y el «yo». Mediante la palabra cambiamos simbólicamente nuestras experiencias. Por la palabra nos comunicamos (entendemos, asumimos o rechazamos, comprendemos).

Con-vivir no es co-existir, estar juntos, sino hacer un diálogo posible en la concordia y también en la discrepancia. El otro no es un objeto de explotación sino un sujeto libre y complementario en la soledad, soledad con los demás. «Ser hombre es estar abierto a los otros, "ser-con-los-otros"», escribe Laín.

El prójimo es el próximo, el que está junto a mí, no un enemigo. La desdicha de nuestra época es hacer del otro un competidor, un enemigo del que defenderse o atacar. Ciertamente el hombre no es un lobo para el hombre —la modernidad guarda las apariencias— pero tampoco un cordero. El bien es un ideal posible que debemos conquistar, aunque la realidad nos demuestre un esfuerzo tan inútil. El odio es dinámico y engendra el progreso. El amor no es más que la vaselina en los engranajes de la civilización, la batalla perdida de unos pocos idealistas.

La sociedad corre el peligro de convertirse en una inmensa y monstruosa sociedad anónima, sin alma, una sociedad en soledad, donde cada cual es un otro sin rostro, desdibujado, amorfo, sin posibilidad de diálogo entre el «yo» y el «tú». Una sociedad objetual, manejada por alguien, que no es precisamente Dios, sino los poderes anónimos.

El «yo» debe exigir ser él mismo, un ser pleno, consciente, volitivo, en libertad. Ser es el principio de identidad y no debe prestarse a nadie. El «yo», sin «yoidad», sin vivida interior está vacío y nada puede ofrecer al otro. La incomunicación nace cuando el «yo» y el «tú», son sólo pronombres sustitutos de esencialidad nominal, palabras vacías, desde las cuales es imposible el diálogo conocedor. El amor o la amistad comienzan por el conocimiento. Y las palabras son las mensajeras de la «aproximación».

El tema de nuestro tiempo: el hombre está en la sociedad pero vive en su soledad. El hombre se ensimisma o se enajena. Hoy los caminos no llevan a la cordialidad (vivir con la razón y la alegría) sino a la locura. El hombre es despojado de sus atributos, convertido en un animal de negocio, de negación. (Tanto tienes, tanto vales.) El hombre vulgar se pierde en la di-versión. Da la vuelta a su alma hasta convertirla en una piel, costrosa, de indiferencia. El hombre lúcido se sumerge en su pozo interior. Escribe Laín: «El sentimiento primario del hombre moderno consciente de su propia situación es, pues, su radical soledad. Y ésta, como he dicho, no es sólo metafísica, es también social».<sup>1</sup> Soledad, pues, total, íntima y prójima.

La soledad es, sin duda, una experiencia necesaria para comprender la condición humana. Es en soledad donde el hombre encuentra el límite de su vivir, el lugar de reen-

<sup>1</sup> En la introducción «Nacimiento histórico al problema del otro», de su obra *Teoría y realidad del otro*, *Revista de Occidente*, Madrid, 1961, 2 volúmenes, 2.ª edición, 1968; p. 33.

cuentro con la vida o el punto de no retorno. Desde la soledad se llega a la misantropía de un Schopenhauer o a la soledad-solidaria de Antonio Machado o de César Vallejo. La soledad creadora se suelda a la comunidad. No desde el desdén, sino desde la ética que no se acomoda a las circunstancias y sabe con-vencer.

Intercambiar la soledad no es trabajo fácil. Dos o tres soledades no hacen un diálogo, sino el mismo monólogo repetido en voces que son los mismos ecos. La soledad que padece el hombre actual no es creadora. Es como el último refugio de su huída, donde cree estar seguro. Ni siquiera es la soledad campestre del sabio que siguiendo el consejo clásico, de Horacio a Fray Luis de León, sigue la escondida senda de los pocos. Nunca se ha sentido el hombre más solo que en la megalópolis moderna, en un estadio de fútbol o en el viaje indiferente de cada día. Estar juntos no es suficiente condición para lo humano.

El «yo» y el «tú» siempre han sido una dialéctica más que un diálogo, una lucha por el dominio, antes que una concordia. Pero en nuestro tiempo, si cabe, la convivencia se ha deteriorado aún más. El «tú», única alternativa del diálogo posible, se ha convertido en un «él», del que se habla, incapaz de estar en escena, una voz en «off», lejana, artificial. La degeneración del «tú» ha llegado a consecuencias más graves todavía. Del «él» al «ello» sólo hay un paso consecuente, la despersonalización total, la degradación de la persona en un objeto. ¿Qué es sino el consumismo? La angustia del «yo» que no encuentra al «tú» dialogante y se satura de «ello», materia sin alma, cosas, objetos para acolchar la soledad y que remiten a un «tú», necesario. El hombre actual compra objetos para «personalizarlos» y hacerlos un «tú» de difícil diálogo. Esta enajenación del hombre moderno habría que verla con la perspectiva de otra época para contemplar tanto vacío y ridiculez.

El espacio de Dios y del prójimo lo ocupan las cosas. La «tuidad» era el ámbito donde la dialéctica «yo-tú» podía hacerse diálogo. Primero fue la muerte de la palabra, que fue la misma muerte de Dios y del prójimo. (Los filósofos no fueron los inventores de esta tragedia, sino los testigos.) Pensamos con las palabras que son los pensamientos comunicantes. (El pensamiento puro sería el silencio, por eso los más grandes filósofos callan, bostezan.) El diálogo ha sido sustituido por el comercio. Las palabras carecen de significado porque no «valen» económicamente. Sólo los objetos (y el hombre también es considerado como tal) entran en el mercado de la compra-venta. Escribe Herbert Marcuse: «Vivimos y morimos racional y productivamente. Sabemos que la destrucción es el precio del progreso, como la muerte es el precio de la vida, que la renuncia y el esfuerzo son los prerrequisitos para la gratificación y el placer, que los negocios deben ir adelante y que las alternativas son utópicas. Esta ideología pertenece al aparato social establecido; es un requisito para su continuo funcionamiento y es parte de su racionalidad».<sup>2</sup>

El hombre como individuo o como colectividad se hace a sí mismo, «sobre-sale» a costa del otro o de los otros. Lo que no es concordia, igualdad, es explotación. Aquello que no es gratuito —la paga de los dioses— ocio, es negocio. La modernización ha objetivado al otro desplazándole del diálogo «yo-tú», para cosificarlo y hacerlo un obje-

<sup>2</sup> Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, Seix Barral, 1968; p. 172.